

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Suscripción.—En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.
—Número suelto, 0'10 cts.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción y Administración, Mayor, 24

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.
La correspondencia al Administrador

Buena noticia

De su señor hermano, el ministro actual de la Guerra, recibió anoche D. Justo Aznar, el siguiente telegrama:

«En el consejo de ministros que acaba de celebrarse, se ha acordado el derribo del ruinoso cuartel de Infantería de Marina, que era uno de los deseos de Cartagena. Con esto podrá darse colocación numerosa a obreros. Recibid cariñoso recuerdo.»

La noticia no puede ser más halagüeña, pues merced á las gestiones practicadas por el Excmo. señor D. Angel Aznar, muy en breve la piqueta demolidora comenzará á funcionar en ese vetusto edificio que hoy amenaza ruina, y en su demolición encontrarán trabajo un buen número de obreros que hoy carecen de él.

Como cartageneros nos congratulamos y felicitamos al Sr. Aznar.

El temporal

No solamente en Cartagena hemos sentido los efectos del temporal reciente pues según noticias, este buen cambio de temperatura ha sido general en España.

En Murcia ha llovido copiosamente y todas las montañas que circundan la población están cubiertas de nieve.

En Madrid ha sucedido lo propio dejándose sentir un frío intenso como en pleno invierno.

De Valladolid dicen que sigue nevando y soplando un gran huracán.

El frío es horrible.

De Lisboa comunican que en toda la costa norte de Portugal reina gran temporal.

El mar echó á pique un buque pesquero, ahogándose once tripulantes.

Uno de ellos se salvó á nado.

Despachos de Barcelona dicen que durante toda la noche anterior estuvo nevando.

Al amanecer la nevada ha sido formidable, durando dos horas.

El Tibidabo y Montjuich se hallan totalmente cubiertos de nieve.

Los buques surtos en el puerto se ven completamente blancos.

En toda Cataluña ha sido formidable la nevada.

Los trenes llegan cubiertos de nieve.

El frío es horrible.

En el mediodía de la provincia de Barcelona está nevando también.

El telégrafo y el teléfono están interrumpidos.

NOTAS ALEGRES

Actualidades

El que más y el que menos se ciera que nos encontramos en la bella estación de la Primavera.

No hay nada de eso apesar que así lo aseguran los calendarios «zaragozanos» y «americanos».

Bonito tiempo primaveral el que estamos disfrutando, teniendonos que tapar el resuello para no estornudar ó para no ser víctima de un «trancazo» ó de un catarro con vistas á la pulmonía.

Vaya una primavera en que las primeras flores doblan sus cáliz por las fuertes heladas y los mantos que en esta pélica estación del año, deberían embalsamar el espacio con sus aromas de romeros y tomillos, se ven cubiertos por blanquicimas nieves.

Vaya una primavera, en la que los que ya habían comensado á lucir los chalecos blancos y cazadores de albahaca, han tenido que echar mano nuevamente á los miselletes y chalecos de abrigo.

Nada, en las altas regiones debe ocurrir algo anormal debido sin duda alguna á la proximidad del planeta Halley que según aseguran los astrónomos ha comensado ya á enseñar su dilatada cola.

A pesar del frío que tan repentinamente se ha dejado sentir, no por eso la gente que puede concurrir á los espectáculos nocturnos deja de ir, muy particularmente á los salones cinematográficos que cuentan por llenos sus secciones.

Mañana, como día de fiesta habrá plétera de funciones en los teatros y cines y ya verán ustedes como para todos hay público.

¡Somos muchos los que estamos en el mundo.

OTEMA.

Teatro Principal

Apesar de lo frío y desapacible de la noche, acudió ayer numeroso público al elegante coliseo de la plaza del Rey.

Se puso en escena la graciosa comedia de Vital Aza, «El sombrero de copa», que fué magistralmente desempeñada por todos los artistas que en ella tomaron parte, especialmente por la señora Cano y el señor Rodrigo.

La concurrencia premió la labor de estos artistas con nutridos aplausos.

Dentro de breves días se estrenará un drama original de un conocido militar de guarnición en esta plaza.

De la obra tenemos excelentes noticias.

Cuento del sábado

El Rey y el burro

En la popular é histórica Sevilla, patria de tantos varones ilustres que honraron con las letras y las artes ese pedazo de suelo, es donde pasó la acción de este cuento.

En el magnífico palacio creado por aquel rey que llamaron el cruel los unos, el justiciero los otros, ocurrió el original suceso, en donde se puede estudiar la grandeza de alma de aquel valeroso monarca.

En el palacio que creó D. Pedro, junto al caudaloso Guadalquivir, mandó poner en uno de los extremos una campanilla para que «todo hombre Adalgo ó pechero que pidiera justicia tirase do cordón para que el su Rey y señor satisficiera la suya demanda.»

Como era natural, pasó una temporada sin que la campanilla sonase con gran extrañeza de la gente del palacio, pues éstos veían que la hielva llegaba hasta el llamador y pasando el tiempo, llegó á cubrir la mitad de éste.

En una hermosa noche de verano se oyó con sorpresa que en el cuarto del Rey sonaba la campanilla de la justicia estrepitosamente.

El Rey, que estaba en su lecho, se incorporó y llamó á su servidumbre.

—Pronto. Mirad á ver quién es el que llama y hacerle subir á mi presencia.

Al poco rato el caballero Men-Rodríguez de Sanabria, apareció ante S. M.

—Subidme á mi presencia.

—¿Señor!... ¿A un burro?...

—Señor, por los alrededores no se ve á nadie. Los criados sólo han encontrado un burro enganchado en la cuerda de la campanilla, y era el que llamaba.

—¿Quién sabe si pidió á justicia?

Sanabria desapareció, y al poco rato, apareció en la real estancia acompañado de un burro viejo lleno de lagas, y en tan lamentable estado que el Rey D. Pedro, mirándole detenidamente, exclamó al poco rato.

—Es verdad. Con razón, pobre animal, te quejabas. Men-Rodríguez inmediatamente, mandó á Juan y á los ganos de mis ballesteros busquen al dueño de ese burro y lo conduzcan á mi presencia.

—Está bien, señor.

Al poco rato Juan Diente, seguidor del jumento y varios ballesteros de Palacio, recorrieron á altas horas de la noche los barrios apartados que rodean el regio Alcázar; por fin, hicieron «lo» cuando el animal le vieron pararse delante de una casucha pobre y fea.

—Aquí debe vivir. Juan Diente se adelantó y con su mano de hierro dió fuertes golpes en la puerta.

Al poco rato una voz brava, gritaba desde adentro.

—¿Quién diablo da tan fuertes golpes?... Pues si salgo... al cuidado mal nacido van á quedarle pocas ganas de quitarle el anillo á pacíficos villanos.

—¡Abrir la puerta!

—¡Idos enhoramala!...

—¡En nombre del Rey D. Pedro, que habria la puerta es digol!

A los pocos momentos se abrió la puerta, apareciendo un hombre de regular estatura.

—Decid, ¿es vuestro ese burro?...

—Ea efeclo, mío es. ¿Pero qué tiene que ver eso para...?

—¡Si enciel. Seguidnos á Palacio.

—¡Perol

—Seguidnos...

—Señor.

¿Qué sucede?...

—El dueño del burro que esta noche se encontraron los ballesteros, los está esperando.

—Llevedle al Salón de la Justicia; enseguida irá yo.

Sanabria saludó y salió de la cámara del Rey.

Al poco rato se presentó en el referido salón el Rey D. Pedro. Todos al verle se hicieron de rodillas.

—Levantad, vasallos—les dijo don Pedro, y acomodándose en su trono le ordenó á su secretario Men Rodríguez se sentará á su lado.

—¿El dueño del burro?

—A los pies de mi Rey y señor.

—Levántate, villano, y costóstanme, como buen cristiano, la verdad. Ya sabes que tu Rey escucha lo mismo al noble que al pechero, siendo ante la ley igual para todos. Di, ¿por qué has abandonado á ese pobre animal?

—Señor, ya veis que es muy viejo yo soy pobre y no puedo sostenerlo porque ya no me sirve. La noche pasada... había pensado darle muerte pero me acordé que lo tenía yo de diez años en casa; que uno de mis pequeños, cuando lo saqué, lloraba por lo que quería yo hacer con el animal; mi mujer también me suplicó que no lo matara, y hasta el burro parecía que comprendía aquello, echándose á mis pies, con la cabeza en el suelo, se prestaba sin poner resistencia al sacrificio, y clavando sus ojos en los míos, parecía que me quería decir: Acaba pronto, mal hombre! Al verlo así, me dió tanta lástima, que se me escapó sin querer el llanto por mis ojos, fué lejos la maza perdonando la vida al que compartió con los míos el pan de mi casa.

—Después... lo abandonaste.

—¡Qué iba á hacer, señor!

—Habríais tenido conmigo hasta que se hubiera muerto.

—Soy pobre.

—El, durante su vida ayudó á ganar el pan para los tuyos. Y ahora que le ves viejo y enfermo, lo arrojas de tu casa, pues bien, yo te mando vuelva á ella. Y ten entendido que si otra vez le encuentran en la calle, del árbol mayor que haya en Sevilla te mando ahorcar.

—¡Señor!...

—Anda con cuidado. Sanabria, ya lo sabéis, al intendente decíle que me vigile á este hombre.

El Rey se levantó de su asiento, y pasando por delante de sus vasallos, desapareció del salón de la Justicia.

—¿Qué pasa por Sevilla?

—Nada, señor. Sólo os traigo una mala noticia.

—¡Es extraño!... Decid cuál es.

—El burro que hace seis meses ha-beja hecho justicia, acaba de morir.

—¡Vive Dios! ¿Le han matado?

—No, se ha muerto de viejo. Los pobres que le tenían se han quedado sin hogar por sostener su enfermedad. Su casa y su hueso han ido á parar á manos de un judío usurero, que aprovechando la miseria en que estaban, les compró la hacienda con un puñado de plata.

—¡Pobre gente! Dadle esa bolsa y que rescate lo perdido.

—¡Oh! ¡Siempre grande, señor!—dijo el intendente recibiendo la bolsa, mientras el Rey decía:

—No. ¡Grande es Dios!... Yo solo soy justiciero.

Julio Sánchez Godina

REGALO

Le ha sido entregado al Sr. Alcalde de esta ciudad D. Valentín Arróniz, el bastón adquirido por suscripción popular iniciada por nuestro colega «La Tierra.»

El bastón es una soberbia vara de limpiísimo mástil y el puño, todo en oro, está admirablemente construido por el notable artista don Gregorio Andrés, que ha hecho una verdadera obra de arte.

Lleva el puño grabado el escudo de Cartagena, y en relieve, el nombre y dos apellidos del Alcalde.

La contera es de plata, y sobre el estuche, va colocada una plancha del mismo metal con la siguiente inscripción:

«Cartagena á su Alcalde D. Valentín Arróniz Thomas.»

Los tesoros de un terremoto

El valor de los objetos y joyas que las autoridades militares han recogido de las ruinas de Mesia y que casi nadie se ha presentado á reclamar, asciende á más de veinte millones de duros. Tan vasta colección de riquezas se halla amontonada en los subterráneos de la ciudadela y en barracones de madera.

El tesoro se compone principalmente de dinero en monedas y en billetes papel de Estado y acciones de Compañías industriales, que en Italia son casi siempre al portador.

Veinte años. Esto parece un interrogatorio—oaballero—protestó René.

—Id tomando notas, Gato mojado,—dijo el comisario sin hacer ningún caso de la observación.

Gato mojado se deslizó cerca de la mesa y se dispuso á escribir.

—¿Cómo se llama esta señorita?

Su hermano no la dió tiempo para responder.

—¡Caballero, ni mi hermana ni yo responderemos ni una palabra hasta que sepamos por qué, y en virtud de qué derecho, nos interrogáis de esa manera!—dijo el joven con voz que temblaban á impulsos de la cólera.

—¡Bajad la voz, joven!—ordenó el Sr. Leroux ahuecando la suya.—Represento á la justicia, pido cuentas de los actos de los demás, y no tengo para qué darlas de los míos. Cuando interrogo, se me debe contestar, y sólo los que ocultan algo ó temen...

—¡Entonces somos acusados! ¿Y de qué?—preguntó René con energía.

—Nadie os acusa. Deseo hacer algunas averiguaciones y ya sabréis el motivo.

El joven no quedó satisfecho.

Su hermana se aproximó á él como buscando auxilio.

Ninguno de estos detalles se le escapó al comisario ni á su satélite.

—¡Asesinada!... ¡Mi madre!—exclamó el joven con voz entrecortada, enjugando el sudor que humedecía su frente.

Clara se sentó, y con la cara oculta entre las manos, sollozaba convulsivamente.

—¡Al corre de boca en boca por el distrito, y ha llegado á oídos de la justicia. Me extraña que los hijos de la víctima sean los únicos que nada sepan, ni nada sospechen.

—¡Envenenada! Habrá muerto envenenada...—murmuró el joven como si halase solo.

—Envenenada... Si, en efecto. ¿Tenéis alguna sospecha? ¿Creéis que la muere no fué natural?

René no dió importancia al tono del comisario y recobró poco á poco su presencia de ánimo.

—¡No! ¡Es un absurdo! ¿Quién puede haber asesinado á mi madre? ¿Cómo? ¿Por qué?...

—La justicia se encargará de descubrirlo—dijo el comisario.

—Somos muy pobres; la pobre y esta mujer no tenía ningún enemigo... no veía á nadie más que á sus hijos.

Un sollozo ahogó al joven.

—Vivíamos juntos... Mi hermana no se partaba de ella ni un momento...

El Sr. Leroux replicó:

Si el comisario de policía buscaba producir un efecto podía estar satisfecho. Un rayo que cayera á los pies de los dos hermanos no les habría impresionado tanto como aquel brusco anuncio de un crimen espantoso. El Sr. Leroux pertenecía á la escuela de los que obran decisiva y bruscamente, hiriendo á todo evento. Había observado que la sorpresa y la casualidad le proporcionaban las tres cuartas partes de sus descubrimientos. Los dos hermanos, al oír tan inesperada noticia, se turbaron, lanzaron una exclamación y se quedaron anonados y mirando al comisario, sin acertar á darse cuenta de lo que les sucedía.